



R:14

AM/2100



UN COSECHERO RIOJANO.

DRAMA EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON PEDRO MARQUINA.

Estrenado con extraordinario éxito en el teatro SALON  
ESLAVA de esta corte en la noche del 1.º de Diciembre  
de 1871.

*Al intrepido escritor  
querido compañero Pepe  
Siccia. En presunta de  
mis tareas.*

*Pedro Marquina*

MADRID:

IMPRESA DE S. LANDÁBURU, PLAZA DE LOS CARROS 2.

1871.

R. 14

PERSONAJES.

ACTORES.

TERESA. . . . .	SRA. ARTIGUES.
ANA. . . . .	« LLORENTE.
BENITO. . . . .	SR. MARISCAL.
DIMAS. . . . .	« MONTENEGRO.
LUCAS. . . . .	« LOPEZ RUIZ.

La accion pasa en un pueblo de Navarra.

Epoca actual.

---

La propiedad de esta obra pertenece á LOS SEÑORES GIMENEZ Y TORQUEMADA, y nadie podrá, sin su permiso reimprimirla ni representarla en España, en sus posesiones de Ultramar, ni en los países con quienes se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los propietarios se reservan el derecho de traduccion.  
Queda hecho el depósito que marca la ley.

Á S. M. LA REINA

## Doña Maria Victoria.



SEÑORA: ya que por dicha nuestra, desde que vuestro augusto esposo rige los destinos de mi pátria se ha estrechado la distancia que existe desde el palacio de los reyes á la guardilla del poeta, séame permitido ofrecer esta humilde obra á la que respeto como á bondadosa reina y admiro como á madre cariñosa.

Si vuestra indulgencia no fuese tan grande como mi osadia, mi atrevimiento no hubiese jamás llegado al extremo de poner tan pobre ofrenda á los pies de quien tanto vale: pero abrigo la esperanza de que V. M. admitirá la humilde dedicatoria de esta pequeña produccion dramática, no por su mérito literario, que ninguno tiene, sino por alentar con su favor, al que luchando con inmensas dificultades camina hace años lentamente por la quebrada y espinosa senda del arte escénico.

Permítame al propio tiempo V. M. que le rinda un tributo de gracias por la proteccion que á las artes y las letras españolas dispensa; proteccion tan necesaria como eficaz en estos tiempos de ensañadoras contiendas políticas que llevan la perturbacion á todo lo sublime y grande de la pátria, alimentando la mas terrible de las guerras, la del hogar doméstico.

Corregir esas bastardas pasiones debe ser el deseo de todo corazon honrado, cualquiera que sea el círculo social en que se mueva; pues tengo para mí, Señora, que solamente juntándose los buenos puede darse

la batalla decisiva para que la familia se salve de la catástrofe que la amenaza.

*Madres cariñosas y honradas como vos lo sois; padres como vuestro augusto esposo, que den ejemplo de moralidad individual y de virtudes cívicas; eso es lo que Dios desea para estender su benéfica mano sobre los pueblos. Eso es lo que constituye el canto mas sublime del poeta. Ojalá que plumas mas autorizadas que la mia se decidan á perfeccionar el pensamiento indicado en esta mal trazada produccion que humildemente ofrezco á V. M.*

A. L. R. P. de V. M.

**Pedro Marquina.**

Madrid 51 de Noviembre de 1871.

---

## ACTO UNICO.

---

Sala en casa de un labrador rico. Puerta en el foro, sillas con asiento de paja, mesa á un lado con flores y adornos propios del lugar y del pais.

---

### ESCENA PRIMERA.

Doña Teresa y Ana, concluyendo de limpiar la habitacion.

TER. Ea! No dirá Benito  
que no se le espera; está  
la sala como los chorros  
*del oro*. A ver tú si vás  
á arreglarte, ponte hermosa.

ANA. Qué dice usted?

TER. Es verdad;  
he dicho una tonteria  
porque hermosa siempre estás,  
que eres tú, como el capullo  
mejor de éualquier rosal  
y no hay en punto á hermosura  
quien se te pueda igualar.

ANA. Yo no quise decir...

TER. Pero  
las galas no están demás  
en la doncella que quiere  
á su futuro agradar,  
y el adorno en el amor,  
es prueba de voluntad.  
Tu padre quiere casarte  
y tú estás dispuesta á dar  
tu corazón á Benito,  
que aunque te dobla la edad,  
no es aún viejo y es muy rico,  
cosa que no está demás,

y sobre todo te quiere,  
que es, hija, lo principal;  
porque boda sin cariño  
es como mesa sin pan,  
sin el cual no satisface  
en ella ningun manjar.

ANA. Ay! Madre mia!

TER. Qué es eso?

Te pones mala?

ANA. No tal.

TER. Pues entonces qué le pasa?

ANA. (Reponiéndose.)

Nada; me aflige el pensar  
en separarme de ustedes.

TER. Eh! ya te acostumbrarás.

La muger debe seguir  
al marido.

ANA. Ay! es verdad.

TER. Eso nos lo dice Dios,  
á quien siempre hay que escuchar.

«La Muger por el esposo  
á sus padres dejará»

y así cumple sus deberes  
con entera libertad.

Yo...bien quisiera seguirte,  
pues ya sabes que mi afan  
es mirarme en esos ojos  
donde mi ventura está;

que no hay amor en el mundo  
como el amor maternal:

pero, hija, para el yerno  
la suegra es fruto en agraz

por mas que sea tan dulce  
como el meloso panal,

y mal los hijos se educan  
en casa donde no hay paz.

En el amor de tu esposo  
fija la atencion no mas

y honrándole tén por cierto  
que á tus padres honrarás.

Una visita por año,  
á esta casa, bastará,

si tu marido lo quiere  
y bien la cosecha vá,  
para soportar la ausencia  
y otra visita esperar.  
Ser limpia, caritativa,  
amable, humilde, aumentar  
el granero de tu esposo  
con un grano, ya verás  
como te alarga la vida  
de dichas entre un raudal.  
En fin, imita lo que  
has visto en mí, y basta ya  
de consejos, porque siento  
que voy á echarme á llorar,  
y si llega tu futuro  
y nos vé así, pensará  
que te casas á la fuerza.

ANA. Ay! madre! que si á pensar  
llegase eso, pensaria  
solamente la verdad.

TER. (Sorprendida.) ¿Qué dices hija?

ANA. No puedo

mis desdichas ocultar;  
y pues usted misma dice  
que boda sin voluntad  
es origen de infortunios,  
no quiero, madre, guardar  
por mas tiempo los pesares  
que aqui encerrados están.  
Perdóneme usté el disgusto,  
madre, que la voy á dar.

TER. Habla, hija de mis entrañas  
(Tomándole las manos.)

ANA. Pero .. (Recelosa.)

TER. Habla por caridad!

ANA. Muerto mi tio, á quien Dios  
conserva en su santa paz;  
amparado por mi padre,  
Lucas, mi primo carnal,  
que con la muerte de aquel  
quedó huérfano y sin pan,  
segun usted me ha contado

vino esta casa á habitar.  
Juntos los campos corrimos  
en nuestra infanilidad;  
el mismo cuarto acogia  
nuestro sueño angelical  
y un mismo rayo del sol  
nos venia á despertar.  
Presos en doble lazada  
parentesco y amistad,  
crecimos: un dia Lucas  
me dijo en tono formal:  
basta de juegos; soy hombre,  
Ana, voy á la ciudad.  
Mi padre quiere que estudie  
y yo deseo estudiar.  
Nos despedimos; lloramos ..  
yo no sé quien lloró mas,  
y entre las gentes nos dimos  
un beso, sin sospechar  
que tal vez no volveria  
á repetirse jamás.

TER. Eras niños; todo el mundo  
encontró muy natural  
aquel adios á la infancia.

ANA. Ni yo misma sospechar  
podia, que tanto bien  
se convirtiera en mi mal.

TER. Hija impaciente me tienes;  
habla, toda la verdad.

ANA. Se me hizo el invierno largo,  
triste... pero al retoñar  
con los rocíos de Mayo  
los pámpanos del parral,  
fué padre en busca de Lucas  
y yo les sali á esperar.  
Fué para mi aquel estio  
lo que es la libertad  
para el pobre encarcelado;  
pero tirano y fugaz  
mostróse el tiempo conmigo,  
porque cuando á disfrutar  
comenzaba las delicias

del cariño fraternal,  
volvió Lucas á su estudio  
y triste volvi yo á estar,  
Ya no recibí aquel beso  
en mi rostro virginal;  
ni Lúcas se atrevió á dármele,  
ni el beso fui yo á buscar.

TER. ¿Os amabais?

ANA. Sin saberlo.

porque yo en mi soledad  
la causa de mi tristeza  
nunca me pude explicar.

TER. ¿Y Lúcas?...

ANA. Por desterrado

se tenia en la ciudad.

TER. Sigue, hija, sigue; esa historia  
llena mi pecho de afán.

ANA. Así pasaron cuatro años,  
yo esperando con afán  
los veranos, y él dejando  
por el otoño el lugar;  
hasta que el pasado Octubre  
me llevó junto al rosal  
del huerto, y allí me dijo  
con violenta brevedad  
su amor inmenso. Quedé  
sin poderle contestar  
con la lengua, mas mis ojos  
harto para nuestro mal  
en aquel supremo instante  
de amor debieron hablar;  
por que tomando en mis manos  
un capullo del rosal,  
último con que el otoño  
se queria engalanar,  
y prendiéndolo en mis trenzas  
dijóme: «guarda en señal  
de mi acendrada pasión  
esta rosa,» y al soltar  
mi mano, una gruesa lágrima  
sentí por ella rodar.  
Era el rocío primero

con que el aura celestial  
á la flor de mis amores  
se acercaba á saludar.

TER. Pobre hija mia! ¿y porqué  
no hablaste?

ANA. Lo intenté, mas  
no sé qué extraño temor,  
madre, me obligo á callar.

TER. ¡Dudaste de mi cariño!

ANA. Eso no

TER. ¡Duda fatal!  
sin ella en estos momentos  
dichosa fueras quizá.

ANA. Vuelto de hermano en amante  
marchó Lucas: yo en mi faz  
las afecciones del alma  
procuraré desfigurar,  
mientras el capullo, prenda  
de amorosa lealtad,  
sobre el corazón herido  
fui, madre, á depositar  
aliviando con su esencia  
mi traidora enfermedad.

TER. ¡Ingrato egoísmo!

ANA. ¡Madre!

TER. No tiene remedio ya.

ANA. Así las cosas, llegó  
por días de Navidad  
don Benito, con mi padre  
de sus ventas á tratar.  
Yo, porque en mi no notara  
falta de amabilidad  
el honrado forastero,  
me mostré alegre; quizá  
encendió mas su pasión  
mi falsa jovialidad,  
y esto fué causa de que  
se arrojase á declarar  
su amor, con esa franqueza  
en riojanos proverbial.

TER. También con franqueza tú  
le debiste contestar...

ANA. ¿Qué amaba á mi primo?  
TER. Justo.  
ANA. Debía hacerlo, es verdad.  
TER. ¡Pero callaste?  
ANA. Calle  
de mi deseo á pesar.  
Ponderóme su cariño  
con interés eficaz:  
yo comprendí que su acento  
madre, era el de la verdad,  
y asombrada, á sus palabras  
nada pude contestar.  
Tomó por rubor la causa  
de mi asombro pertinaz;  
llamó á mi padre y pidió  
mi mano; quedé mortal,  
aterrada, medio loca,  
y cuando fuí á recobrar  
mis fuerzas, ya don Benito  
cruzado habia el umbral  
de la puerta y á la Rioja  
partía para arreglar  
sus cosas y disponer  
la boda; golpe fatal  
que ni supe precaver  
ni pude luego evitar.  
Mi padre habia empeñado  
su palabra, quién en tal  
conflicto podia hacerle  
á su palabra faltar?  
Resolví sacrificarme  
á la obediencia filial;  
más hace ocho dias vino  
Lucas al paterno hogar:  
corrió al verme mas que nunca  
enamorado y leal...  
pero á mis ojos salió  
á su vista, madre, un mar  
de lágrimas y le dije  
con noble sinceridad.  
mi padre quiere casarme  
pero la rosa aqui está!

(Señalando con la mano al corazón.)

TER.

Hija de mi corazón!

ANA.

Usted me puede salvar;  
haga que no se celebre  
esta boda, ¡por piedad!  
pues si llega á suceder  
que yo me llegue á casar,  
de Lucas y de mi, madre,  
yo no sé lo que será.

TER.

Casarte tú, sin amor!  
Hija, no faltaba mas.  
Solo muerta yo, pudiera  
ese infortunio llegar.  
Tu padre es terco, algo avaro,  
y sobre todo capáz  
de hacer cualquier desatino  
antes de volverse atrás  
de una palabra empeñada;  
pero es bueno y cederá  
cuando hable á su corazón  
el acento maternal.  
De Benito yo no sé  
la manera de pensar.  
Te quiere mucho, muchísimo  
mas que tú piensas; quizás  
el renunciar á tu mano  
le cueste una enfermedad.

ANA.

¿Tanto me ama?

TER.

Si, hija mia;  
como que antes de marchar  
me dijo casi llorando;  
«Teresa, en tu casa está  
mi estrella, el sol relumbrante  
que luz á mis ojos dá:  
ciego me voy, volveré  
pronto mi sol á buscar.

ANA.

Entonces...

TER.

No desconfies;  
es riojano y no querrá  
cosa alguna que no sea  
hija de tu voluntad.  
Mas que en todo, en Dios espero

que siempre quiere amparar  
la inocencia.

ANA. Madre mia! (Abrazándola.)  
TER. Tu madre te salvará.  
O te casas con amor  
ó con tus padres te estás.

## ESCENA II.

TERESA, ANA, LUCAS.

LUC. Buenos dias.  
ANA. Lucas!  
LUC. ¿Qué  
pasa, tia, porque están  
ustedes con ese afán?  
ANA. Primo mio...  
TER. Déjame. (Interrumpiéndola.)  
Señor sobrino; á fe mia,  
y el cielo de ello es testigo;  
nunca creí que conmigo  
fuese tan ingrato.  
LUC. Tia! (Sorprendido.)  
Ignoro qué lengua infame  
con usted me ha calumniado.  
¿Quién es el vil que ha logrado,  
que usted ingrato me llame?  
A ustedes debo mi pan,  
lo que fui; lo que estoy siendo,  
y eso no lo pago, yendo  
besando por donde ván.  
Lo sé y de mi honor en mengua  
hay quien ante usted me infama,  
¿cómo el delator se llama,  
para arrancarle la lengua?  
TER. El delator del pecado  
que en mi casa has cometido,  
por mucho tiempo escondido  
en tu pecho lo has llevado.  
LUC. Tia, ya pierdo la calma;  
usted me quiere ultrajar.  
TER. Es un crimen ocultar

- los sentimientos del alma.
- LUCAS. Qué! (Sorprendido.)
- TER. ¿No quieres que me aflija  
cuando aquí estoy contemplando  
la pena que vá minando  
el corazon de mi hija?
- LUCAS. Usted sabe.....
- TER. Todo, sí.  
Sé que en secreto os amais;  
que callándolo os matais  
y que me matais á mi.
- LUC. Tú has dicho!... (A Ana.)
- TER. Tanto el amor  
á sus lábios ha llamado,  
que por fin se ha desbordado  
el torrente del dolor.  
Yo para mi senectud  
quise vuestro amor guardar,  
y ambos ibais á pagar  
mi afán con ingratitud.  
¡Qué mal piensa el que inclemente  
juzgándose al mundo extraño  
piensa que al forjarse un daño  
forja el suyo solamente!  
Basta querer alegrarse  
para llegarlo á alcanzar;  
para sufrir y luchar  
es necesario agruparse;  
que abrazando en su afliccion  
á quien con él llanto exale  
sabe el hombre lo que vale  
su Dios y su religion.  
Venid, pues, á mi regazo;  
nuestras tres almas juntemos,  
y contra el dolor luchemos  
en este amoroso abrazo. (Abrazados.)  
Hijos de mi corazon!  
verted en mi vuestra pena;  
rota esta amante cadena,  
¿qué podrá cada eslabon?
- ANA. Madre mia!
- LUC. Es el deber

el que nuestra pena labra:  
mi tío dió su palabra  
y atrás no puede volver.  
Ocultemos por piedad (Á Ana.)  
lo que ayer fué nuestro alhago.  
No quiero dar un mal pago  
al que amparó mi horfandad.

TER. ¿Piensas que así se concilia  
tanto infortunio?

LUCAS. Qué hacer?

TER. ¿Y el alma de esta muger? (Por Ana.)  
Y la paz de tu familia?  
¿Y tú que desesperado.  
tu pena habrás de llorar?

LUC. Lejos de aquí iré á buscar  
en la suerte del soldado,  
un remedio á la amargura  
que aquí del placer se venga,  
(Señalando al pecho.)  
y quizá la dicha tenga  
de hallar una sepultura.  
¿Tú soldado?

ANA,  
TER. Nunca, no.

Te quiero como á hijo mio  
y en tu ventura confío,

LUC. No consiento en ella yo.  
Tras de tanto beneficio,  
tras de una carrera darme,  
quiere mi tío arrancarme  
de las armas al servicio;  
¿y yo, en pago á sus afanes  
con ingratitude impia,  
por vil egoismo, iria  
á desbaratar sus planes?  
No; no es esa la virtud  
que ustedes me han enseñado...  
Si el amor está elevado  
lo está mas la gratitud

TER. Bien, Lucas, tu honrado padre  
te bendice desde el cielo;  
pero aún te queda el consuelo  
de tenerme á mi por madre;

y te juro por la fé  
que me anima en este instante,  
que para tu pecho amante  
la paz reconquistaré.

Déjame á mi la alegría  
de hallar tu perdida estrella,  
pues he de encontrar con ella  
la dicha de la hija mia.

Mi esposo de aqui ha partido  
para la Rioja á buscar  
á aquel que te quiere dar  
mano y honrado apellido;  
mas de Lúcas el amor  
antes se grabó en tu pecho  
y enfrente de ese derecho  
no hay un derecho mayor.  
Nadie romperá estos lazos  
donde la dicha se anida,  
y antes me arrancan la vida  
que arrancarte de mis brazos.

(Abrazando á Ana.)

ANA.

¡Madre mia!

LUC.

Es un tormento  
lucha tan encarnizada!

TER.

Lúcas, tú no temas nada,  
porque desde este momento  
acepto sola el combate.

A traición el deber fiero  
te ha cogido prisionero  
y yo voy por tu rescate.

LUC.

¡Siempre debiendo favores!

TER.

Huye de ideas dañinas.

¿Qué le importan las espinas  
á quien vá buscando flores?

LUC.

Usted me haria esperar  
hasta en el perdido bien.

TER.

Cuando te falte sosten,  
en la fé te has de apoyar.  
Con ella en el precipicio  
que oculta la humana suerte,  
hasta se acepta la muerte

como inmenso beneficio.  
DIM. (Dentro.) ¡Entra el carro!  
ANA. Ya tenemos  
aquí á mi padre. (Yendo al foro.)  
TER. Valor:  
ocultad vuestro dolor.  
ANA. Ahí están. (Se oye ruido al foro.)  
TER. Disimulemos.  
(Yendo al foro con Ana y Lucas.)

### ESCENA III.

TERESA, ANA Y LUCAS. DIMAS Y BENITO, por el foro. Estos últimos con avios de viage, alforjas y maletas.

DIM. Teresa!  
TER. Dimas! Benito! (Se abrazan.)  
BEN. Voto vá! Venga un abrazo!  
Así.  
DIM. Qué haceis hijos míos?  
LUC. ANA. Padre! Tío!  
DIM. Luquillas, qué guapo!  
LUC. Estoy bien.  
DIM. No pude ir,  
por la prisa del noviajo  
á buscarte.  
LUC. Eso qué importa?  
BEN. Ana.....  
ANA. (Turbada.) Don Benito!  
DIM. Vamos.  
Qué haceis? pareceis dos tontos.  
Eh! qué demontre abrazáos!  
ANA. Oh! (Retirándose.)  
TER. (A Dimas.) (No ves qué la avergüenzas?)  
BEN. (Pues señor, estoy cambiado;  
yo con otras tan sobon,  
con ella estoy hecho un palo.)  
DIM. Vamos, qué haceis?  
BEN. No está bien.  
DIM. Y eso qué tiene de extraño?  
TER. Despues de la boda...  
DIM. Chica,  
pues antes de estar casados

- tú y yo...
- TER. (Cállate hablador.)  
(Tirándole un pellizco.)
- DIM. Huy!
- BEN. Qué es?
- DIM. Nada; que me ha echado  
un requiebro mi costilla.
- BEN. Y es Lucas este muchacho?
- DIM. El mismo.
- BEN. Es todo un buen mozo.
- LUC. Gracias.
- BEN. Cómo siento hablo.  
Que aunque esta es la vez primera  
que le veo, este me ha hablado  
de usted y le estimo de veras;  
puede usted creerlo.
- LUC. Yo aplaudo  
mi suerte y le ofrezco entera  
mi amistad.
- BEN. Venga esa mano.  
(Se estrechan las manos.)
- TER. (Buen principio!)
- DIM. Aquí lo tienes  
hecho casi un abogado.
- LUC. Gracias á usted.
- BEN. ¡Qué demonio!  
y á usted que tiene de acatus; (La frente.)  
porque aunque el dinero valga  
vale mas saber ganarlo.
- TER. Benito tiene razon.
- BEN. Teresa, yo soy muy franco.  
Aunque tengo algunas onzas.  
conozco que soy un zángano.
- DIM. Vaya, no te echas por tierra.
- TER. El que como tú, ha logrado  
aumentar la buena herencia  
que sus padres le dejaron,  
no ha de tenerse por tonto.
- BEN. Mis padres; ¡pobres ancianos!  
Ellos sí, que siendo pobres,  
sus intereses ganaron  
con el sudor de su rostro

la dura tierra regando.  
Mas yo, millonario cási,  
y algo ligero de cascos,  
no hago mas que malgastar  
desde que en mi casa mando.  
Dinero, llama dinero,  
dice un dicho, y está claro  
que gran verdad debe ser  
lo que el dicho dice, cuando  
á mi me crece el caudal  
sin que procure aumentarlo.  
Buen corazon, eso si,  
sí puedo hacer bien lo hago.  
Yo corro todas las fiestas,  
y en todas las partes gasto,  
y no hay pobres junto á mí  
mientras me duran los cuartos.  
Vicios feos tengo pocos,  
pero tengo uno muy caro,  
me gusta el librito de oros,  
copas, espadas y bastos,  
de modo que los domingos  
perdiendo onzas me distraigo.  
No tengo sangre de horchata,  
y á veces ando á trompazos;  
cuando veo que dos riñen  
siempre al mas fuerte me agarro  
y por defender á un débil  
tengo esta señal de un palo.  
(Mostrando cualquier sitio de la cabeza.)  
Este soy yo, todo entero,  
desde el pelo á los zapatos.  
Si le parezco á usted bien  
en mi tiene usted un hermano;  
sino, fuera zaragatas,  
contento usted, y yo pagado.

LUC. Es usted lo que se llama  
un verdadero riojano.

BEN. Y lo que con esta digo (La lengua.)  
con hechos suelo probarlo,  
con que basta de palabras.

TER. Y qué tal? cómo vá el campo?

- BEN. Si nos deja en paz la piedra,  
tendremos todo un buen año;  
y mi boda ha de rayar  
donde ninguna ha rayado.  
Pero tú pareces muda,  
Ana, siempre estás callando.
- TER. Ya ves tú; la cortedad.....
- BEN. Cortedad? voto á san Pablo!  
¿No sabes que yo te quiero  
mas que el labrador al campo,  
mas que el racimo á la cepa,  
mas que al agua los sembrados,  
y que seria capáz  
de echarme de un monte abajo,  
si eso, para darte gusto  
llegase á ser necesario? (acercándose á ella.)  
¿Si vieras tú, cuerpo bueno,  
cuánto este pecho ha penado  
soñando todas las noches  
con tus ojos y tu garbo  
y.....basta; ¿dime Teresa, (Volviéndose.)  
cuál es ahora mi cuarto?
- TER. Aquel. (Señalando la puerta derecha.)
- BEN. Pues voy, con permiso  
á darme un limpion y salgo.  
Adios, buen mozo. (á Lucas.)
- DIM. No tardes;  
(acompañándole hasta la puerta.)  
que tomarás un bocado.  
Ea! disponed vosotras  
cualquier friolera.
- TER. Vamos  
(Vase llevando á Ana puerta izquierda.)

#### ESCENA IV.

DIMAS, LUCAS.

- DIM. ¿Qué te parece el riojano?
- LUC. Hace honor á su pais.
- DIM. Pues no es un grano de anís.  
Tan franco y tan campechano!  
No pienses que se le encoja



(Abre la carta, se sienta junto á la mesa y conforme vá leyendo, su fisonomía vá alterándose de modo que se le vea pasar del asombro á la ira y de esta al furor.)

Y será verdad?

(Se levanta; vá á Lucas, le toma por el brazo y le dice sacudiéndole con fuerza.)

Y despues de tal maldad.  
alzas ante mi la frente?

LUC. Tio! (Con asombro.)

DIM. Dime desgraciado!

Es cierto ¡el cielo me asista!  
que á una secta reformista  
tu existencia has asociado?

LUC. ¿Y eso qué tiene que ver?

Así el siglo lo reclama.

DIM. Calla ¡ingrato! así se infama  
al que te dá de comer.

Al que con franca acogida  
y confiada clemencia  
quiso amparar tu indigencia.

LUC. Oh! (Con furor.) Qué miserable vida!  
(Transición dolorosa.)

DIM. Eres vil mal que te cuadre.

LUC. Tio, me está usted ultrajando.

DIM. Calla, que estás infamando  
la memoria de tu padre.

Él, libre de maleficios  
murió como bueno, si,  
y por eso para ti  
crecieron mis beneficios.

Y cuando yo, año tras año  
tu talento cultivaba  
y á mi causa lo guardaba,  
¡recibo tal desengaño!

LUC. Cómo! ¿pudo usted pensar  
me vendiese de ese modo?

DIM. Pues si me lo debes todo,  
algo me habias de dar.

LUC. Oh!

DIM. De mis pasos en pos  
debes ir arrodillado.

LUC. (Con dignidad.)

Eh! Si usted abrigo me ha dado,  
el alma la debo á Dios.

DIM. Lúcas! que el furor me enciende.

LUC. Tambien aquí arder le siento.

DIM. Ingrato!

LUC. Tio; el talento  
ni se compra, ni se vende ..  
y.....no discutamos mas.

DIM. Eso es lo quieres, eso.

LUC. Si Dios nos lanza al progreso  
¿cómo hemos de ir hácia atrás?

DIM. Galleas!

LUC. Veneracion  
siempre hácia usted he sentido,  
pero se sube ofendido  
á la lengua el corazon,  
y aunque el respeto lo vede,  
ya el pecho de enojo lleno,  
fuerza es echar el veneno  
para que dentro no quede.  
En su cruz el Redentor  
libre hizo á la humanidad,  
y esa santa libertad  
en mi tiene un defensor.

DIM. Esa es la idea fatal  
que os lleva á locos empeños;  
con ella os hicisteis dueños  
del espanto universal.

Seamos todos hermanos,  
gritais ciegos de furor,  
y vais sembrando el horror  
tintas en sangre las manos.

LUC. ¡Tio! calumnias son esas  
que inventó por nuestro mal  
la grey inquisitorial  
que hizo la Biblia pavesas.  
Ellos si, que predicando  
el perdon de las injurias,  
vivieron como las furias,  
su rencor alimentando.  
Forma dieron al tormento,  
y ocultos tras de la cruz,

quisieron matar la luz  
del humano pensamiento.  
Ellos cadalsos alzaron;  
y de su egoismo en pos,  
nuevos Judas de su Dios  
sus templos ensangrentaron.  
Por ellos la hispana tierra  
de tinieblas se pobló  
y sus entrañas abrió  
el estruendo de la guerra.  
Ellos, con su planta vil  
fueron yermando este suelo,  
y encendieron en su anhelo  
la infame guerra civil.  
Solo por ellos se vé  
nuestra religion viciada;  
casi no avanzan nada  
y la caridad y la fé.  
Séres que abortó el Averno  
de entre su cráter hirviente,  
y llevan sobre su frente  
la maldicion del Eterno.

DIM. Blasfemo! infame! asesino! (Furioso.)

LUC. Tio!

DIM. ¿Has venido á gozarte  
en mi mal? Voy á matarte.

(Coge la silla que hay junto á la mesa y vá á lanzarse sobre Lucas que retrocede. A los gritos salen Teresa y Ana por la izquierda y Benito por la derecha apresurados. Benito quita la silla á Dimas. Teresa se coloca delante de Lucas amparándole con su cuerpo. Ana aterrada, toma el brazo de Lucas como queriendo arrancarle de la escena.)

BEN. Dimas!

ANA. Lucas!

TER. Dios divino! (Cuadro. Pausa.)

## ESCENA V.

DIMAS, TERESA, ANA, LUCAS Y BENITO.

BEN. Qué es eso hombre?

TER. Qué te pasa?

DIM. Dejadme!

- LUC. (Qué obcecación!)  
Se exalta usted sin razón.
- DIM. Oh! (Vuelve á amenazarle. Benito le detiene.)
- LUC. Tío!
- DIM. Sal de esta casa!
- BEN. Pues hombre, buenos estamos.
- LUC. Adios tía! (Queriendo marcharse.)
- TER. Ven conmigo; (Deteniéndole.)  
y tú... (A Dimas.)
- DIM. Que se vaya digo.  
Pronto!
- ANA. Dios me ampare!
- TER. Vamos.  
(Se va por la izquierda llevándose á Lucas y á Ana.)

## ESCENA VI.

DIMAS Y BENITO.

- DIM. Yo; yo he sido quien lo ha hecho;  
quise ser bueno, clemente,  
y he criado una serpiente  
para que me muerda el pecho.
- BEN. Pero en fin, ¿qué te sucede?
- DIM. Para qué lo has de saber?
- BEN. Para qué? hombre, para ver  
si es que remediarse puede.
- DIM. No se puede remediar.
- BEN. Eh! quién sabe!..
- DIM. No, Benito.  
Ese muchacho maldito  
á su tío ha de matar.  
Él llegará á conseguir  
lo que la guerra no pudo.
- BEN. Pero, hombre!..
- DIM. Golpe tan rudo  
no se puede resistir.
- BEN. Pero qué es ello? sepamos. (Impaciente.)
- DIM. Toma, lee! ahí lo verás  
y cual yo te indignarás.  
(Le entrega la carta.)
- BEN. Gracias á Dios! A ver.  
(Después de leer.)

Vamos!

Ya pareció la cuestion.

Pero hombre, ¿qué todavía sigas en esa mania?

DIM.

Conque, no tengo razon?

Conque despues de criar á un hombre y darle carrera es justo que así me hiera?

BEN.

Le quieres esclavizar?

DIM.

Cómo?

BEN.

Juzga por tí mismo.

Si cualquiera te dijera, véndete; ¿lo consiguiera?

DIM.

No.

BEN.

Pues mira tu egoismo.

Tú no estás en tus cabales; por satisfacer tu anhelo no quieres mirar que el Cielo nos hizo á todos iguales.

DIM.

Así piensas?

BEN.

No te asombre, que piense de esta manera: sí el hombre esclavo naciera, ¿para qué hacerle ser hombre? Aquel que el hombre creó quiso hacerle el sér primero; el orgullo y el dinero el hombre los inventó! El que quiere hacer el bien cumple con la voluntad de Dios, que es la caridad nuestro mas santo deber.

DIM.

Calla ya!

BEN.

Vana á porfia; despierta de tus engaños. El trabajo de cien años puede perderse en un dia. Si de tu egoismo en pos llegas pobreza á sufrir, ¿quién contigo ha de cumplir si tú no cumples con Dios?

DIM.

Basta, Benito, yo infiero

que el siglo te pervirtió.  
Eres de los negros.

BEN. Yo...

no soy mas que cosechero.

DIM. No te escuses, ya está visto  
lo que has querido decir.

BEN. Yo no hago mas que cumplir  
lo que manda Jesucristo.

DIM. Tú te asocias á los males  
que la religion afean.

BEN. Pero hombre!..

DIM. Maldita sean  
tus ideas infernales.

BEN. Maldito afán de mezclar  
con la ley del corazon,  
la politica opinion,  
la libertad de pensar.

Nace un niño, y cuando ya  
en discutir se recrea,  
le encasquetais una idea  
como quien le pone un frac.

Luego le decis, la ciencia  
de ser siempre hombre encumbrado  
y en el mundo respetado,  
estriba en la consecuencia.

Hazte político, fiel  
fuerza es que á los tuyos seas,  
y en la politica veas  
tu fortuna y tu laurel.

Un partido y á luchar  
con ánimo decidido,  
y en aras de ese partido  
sacrifica hijos y hogar.

Así es, que estos infelices  
obrando de tal manera,  
no aciertan á ver siquiera  
mas allá de sus narices.

Y unidos á una opinion  
que ni aún pueden comprender,  
suelen el tiempo perder  
en estéril discusion.

Por eso en ciertas regiones

- siempre hay dos ó tres talentos,  
que compran hombres á cientos  
como quien compra melones.
- DIM. ¿Estoy durmiendo ó despierto,  
con que tambien te alucinas  
y cómo Lucas opinas,  
y le amparas?
- BEN. Si por cierto.  
El hombre debe marchar  
con su siglo y al avío,  
¿porque dá vueltas á un lio  
quien no lo ha de desatar?  
Tú y yo somos pelagatos;  
en toda esa bataola  
deja que ruede la bola.  
Zapatero á tus zapatos.
- DIM. Eres tonto, bien se vé.
- BEN. ¿Ahora tonto? (Riéndose y acercándose.)
- DIM. Hazte hácia atrás  
que estoy ciego. (Yendo al foro.)
- BEN. ¿Adónde vés?
- DIM. ¿Adónde voy? No lo sé!  
(Váse frenético por el foro.)
- BEN. Dios evite un cataclismo:  
que sinó, voto á mi nombre,  
me parece que á este hombre  
voy á romperle el bautismo.

## ESCENA VII.

BENITO Y ANA.

- ANA. Don Benito... (Con timidez.)
- BEN. ¿Qué hay, pichona?
- ANA. (No sé por donde empezar:  
mi madre dice que pruebe  
mas todo inútil será.)
- BEN. Vamos; ¿qué quieres?
- ANA. Quería  
saber.....
- BEN. ¡Qué turbada estás!
- ANA. Saber... si está usted resuelto  
á casarse.

BEN.

¡Voto vá!

Pues si hasta que llégue el día  
en que te pueda llamar  
muger mía, ni un instante  
lograré vivir en paz;  
si diera mi viña grande  
y mi mejor olivar,  
porque hoy mismo nos echasen  
los latines; y sin mas  
retóricas, á la grupa  
de mi macho; tran, tran, tran,  
irnos á la Rioja y.....chica  
no hablemos de eso que ya  
siento que se me hace agua  
la boca y voy á sudar,  
porque abrazarte no debo  
y los brazos se me ván  
á tu cuerpo. y...tente lengua  
que me voy á marear.

ANA.

(¡Dios mío! ¿cómo le digo?...)

BEN.

Porqué tan callada estás?

Dí, ¿me quieres tú lo mismo  
que yo á ti? (Receloso.)

ANA.

Yo...á no dudar...

Mi madre sabe.....

BEN.

Tu madre,

siempre dice la verdad  
y cuando me fuí, me dijo.....

ANA.

Que estaba dispuesta á dar  
mi mano..

BEN.

Pues.

ANA.

De mi padre  
cumpliendo la voluntad.

BEN.

Si; pero eso no es bastante.  
Nadie te puede obligar  
á casarte. En este caso,  
tienes, Ana, libertad  
para decir si, ó no.

ANA.

(Vive esperanza.)

BEN.

Además  
yo á la fuerza, nada quiero  
ya lo sabes, el pan, pan,

y el vino, vino.

ANA.

Si, si. (Con alegría reconcentrada.)

BEN.

Por eso no he de ocultar  
que si mejor lo has pensado  
y calabazas me dás,  
la pesadumbre, tal vez  
me cueste una enfermedad.  
Lo digo, porque comprendas  
que en mi corazón estás  
mas fija que las montañas  
fijas en la tierra están.  
No vayas ahora á creer  
que esto es un capricho, cá!  
Tú serás siempre la estrella  
que mi vida ha de alumbrar  
y te querré, mientras vivas,  
y mientras vivas serás  
con pesetas ó sin ellas  
la reina de mi lugar.

ANA.

(¿Y cómo le digo á este hombre?...)

BEN.

¿Conque me quieres? (Temeroso.)

ANA.

(¡Qué afán!)

Ya sabe usted, D. Benito:

lo que usted quiera se hará,  
porque de lo que yo he dicho  
ya no he de volverme atrás.

(Qué he de decirle, Dios mio,  
si apenas me atrevo á hablar?)

BEN.

Bien, viva ...! Sentia aqui

(Por el corazón.)

una losa sepulcral,  
porque pensaba, salada,  
que me ibas á desahuciar.

Benditos sean tus labios  
que tanto contento dán

y esa cara y esos ojos,  
donde presa mi alma está,

y la tierra que ha criado  
entre rosas y azahar,

este racimo de gloria

que rabio por vendimiar.

(La toma de la mano de pronto y se la besa con mucho fuego.)

ANA. ¡Dios mio!

BEN. Perdóname.

ANA. Si usted mi esposo á ser vá...

BEN. ¡Oh, si!

ANA. No sé, don Benito,  
qué tengo que perdonar.

BEN. Gloria mia! cada instante  
siento que te quiero mas.

ANA. Tambien yo ..pero mi madre  
me espera y...

BEN. ¿Te marchas ya?

ANA. Volveré. (Me marchó, si,  
antes que rompa á llorar.)

(Váse por la izquierda.)

### ESCENA VIII.

BENITO luego TERESA.

BEN. Ahora si que no te cambias,  
Benito, por el Sultan  
de Turquía, ni por el  
emperador Aleman;  
ni por el mejor Obispo  
de toda la cristiandad.

Con esa muger y una onza  
no me muero hasta que ya  
no me quede un pelo negro  
ni un diente con que mascar.

TER. (Sale por la izquierda.)

¿Estás solo?

BEN. Solo estoy.

TER. ¿Y Dimas?

BEN. A Barrabás

está dado.

TER. ¿No te ha dicho?...

BEN. ¡Eh! tonterias no mas.

Todo es porque su sobrino  
dicen que si está ó no está  
melido en no sé que club,  
ó tertulia...ó sociedad.

TER. ¡La política maldita!

- BEN. ¿Qué no fuera á Salanás!  
siempre la misma cancion.
- TER. Siempre esa idea fatal.
- BEN. Pero no hay ningun cuidado  
que ya se le pasará.
- TER. Eso ya lo sé; él es bueno,  
aunque violento y tenáz.  
Otro nuevo laberinto  
es el que yo temo mas.
- BEN. Qué sucede?
- TER. Tú, Benito,  
te vás ahora á disgustar;  
pero aunque lo siento mucho  
dentro del deber está,  
no detener un momento  
el paso que voy á dar.
- BEN. Habla, voto á Belcebú,  
que impacientándome estás  
y no soy hombre que pueda  
impaciencias tolerar.
- TER. Tengo una hija que padece;  
que del amor maternal  
implora el auxilio y yo  
no quiero verla llorar.
- BEN. También Ana? ¡voto á bríos!  
cuento es que no acabará.
- TER. Tú puedes calmar su angustia
- BEN. Si yo puedo, no hay que hablar.  
que por servirla daría  
todo cuanto tengo y mas.
- TER. Ya lo sé.
- BEN. Vaya ¿qué es ello?
- TER. Que no se quiere casar.
- BEN. ¿Qué no quiere?... Esa salida  
me parte por la mitad.  
Pero si ahora mismo aquí  
me ha dicho...
- TER. Si, tal está  
de confusa, que á decirte  
ha salido la verdad,  
y al ver tu inmenso cariño  
no ha podido confesar

su decision.

BEN.

¡Voto al diablo!

Vaya un trago de aguarrás. (Conmovido.)

Pero para no querer

¿qué razon es la que dá?

TER.

Que...ama á su primo.

BEN.

(Queda un momento pensativo y por fin dice con franco acento.)

Me alegro!

TER.

Qué tú te alegras?

BEN.

Si tal.

Aunque solo fuera por  
hacer á Dimas rabiarse.

TER.

Ya vés...se han criado juntos.

BEN.

Si es cosa muy natural.

Si yo hubiese conocido  
antes de ahora al galan,  
lo sospechára; por fuerza  
lo habia de sospechar.

El chico se lo merece,  
y á mí...no me sabe mal.

Pero ella, por qué calló?

TER.

Claro! por no disgustar  
á su padre.

BEN.

¡Vaya un lio

en que me iba yo á enredar!

Pues nada; por mi, corriente.

TER.

Qué! desistes?

BEN.

Y además

me comprometo á casarlos.

TER.

Ay! Dios te lo premiará,  
Benito.

BEN.

Si es mi deber,

¿qué demontre ha de premiar?

¡Pues hombre, estaria bueno

que por egoismo... ¡cá!

primero es mi obligacion,

y sobre todo la paz

de la familia.

TER.

¡Un abrazo!

(En el colmo de la alegria.)

BEN.

Y dos, y tres. Allá ván,

que tengo un pecho mas grande  
que el peñon de Gibraltar!

(Se abrazan.)

TER. ¡Vivan los riojanos!

BEN. ¡Vivan!

TER. Voy, que esperándome están.

(Vase por la puerta izquierda.)

## ESCENA IX.

BENITO.

BEN. Bien sabe Dios que la pena,  
Benito, royendo está  
tu corazon, y que tienes  
muchas ganas de llorar  
y que ahora te arrojarias  
al Ebro sin mas ni mas.  
Pero no ¡voto á Espartero!  
Quieto aquí! señor truhan, (Por el corazon.)  
no se diga que no sabes,  
una desgracia arrostrar.  
Valiente, pues, caigan rayos  
hoj sobre mi voluntad.  
Antes pierda la cosecha  
que dejarme acorralar  
por el llanto... Pero si era  
mi sueño; todo mi afán.  
Si la quiero mas que á mi;  
si no la podré olvidar!..  
(Empezando á romper en llanto. Aparece en la puerta  
Dimas. Al verle Benito, verifica una transicion com-  
pleta.)  
¡Él es! Riojano, á las armas,  
firme tú aqui, voto vá! (Por el corazon.)

## ESCENA X.

BENITO Y DIMAS.

BEN. Hola! ya te se ha pasado?

DIM. Mira, Benito, no vuelvas  
á las andadas, que soy  
un navarro á toda prueba,  
y cuando digo aquí estoy

aunque cayeran centellas  
no vacilaba.

BEN.                               Pues juro,  
por la Virgen de la Vega,  
que por mas firme que estés  
Benito hará que te muevas.

DIM.                               ¿Qué quieres decir?

BEN.                               Te digo  
que ya que has armado gresca,  
antes de que acabe el día  
será la función completa.

DIM.                               Espílicate.

BEN.                               Como todo  
á tu manera lo arreglas,  
con ese mando absoluto  
que es tu pesadilla, piensas  
que cuando dices; esto es,  
es justo que aquello sea.

DIM.                               Porque estoy en lo legal.

BEN.                               ¡Vaya!.. (Con burla.)

DIM.                               Y no hay quien me convenza.

BEN.                               Lo que estás es en Belén.

DIM.                               No me insultes. (Con brio.)

BEN.                               Si te alteras,  
los demás no son de corcho  
y han de alterarse por fuerza.

DIM.                               ¿A qué viene esta función?

BEN.                               Viene, á que estás en tinieblas,  
respecto á mi casamiento.

DIM.                               Pues esta si que es mas negra!

¿A que salimos ahora  
con alguna gracia nueva?

BEN.                               ¡Y tanto!

DIM.                               ¿Qué es ello, dí?

BEN.                               Pues nada; una friolera;  
que yo no quiero casarme.

DIM.                               ¿Qué no quieres!.. (Sorprendido.)

BEN.                               No hay mas.

DIM.                               (Después de dudar.)                               ¡Sea!

Si tú te vuelves atrás  
es vana toda quimera.  
Pero no sabia yo

que en Rioja que se precia  
de tener hombres formales,  
habia algunos...veletas!

BEN. ¡Voto á Dios!

DIM. Yo voto al diablo,  
tú te desdices.

BEN. Pues; ea!  
me desdigo porque tu hija  
no quiere que yo la quiera;  
porque tiene un novio guapo  
y que la estima de véras,  
y yo he de ser su padrino  
aunque el infierno se hundiera.

DIM. ¿Otro novio? y quién es?

BEN. Lucas.

DIM. ¡Lucas! ¡qué! Tú te chanceas;  
tú quieres verme rabiar.

BEN. Pues, Dimas, aunque te mueras,  
Lucas es novio de Ana,  
y es natural que así sea.  
Si los has criado juntos;  
si ella es una real morena,  
al lado de aquellos ojos  
¿qué corazon no se quema?

DIM. (Llamando furioso,) ¡Lucas!

BEN. ¡Eh! ¿qué vás á hacer?

DIM. ¡Ana! (Llamando furioso.)

BEN. Ten calma.

DIM. ¡Teresa! (Con mas fuerza.)

BEN. (¡Cuando digo que al final  
le voy á romper las muelas!)

## ESCENA XI.

DIMAS, BENITO, TERESA, ANA Y LUCAS.

Saliendo precipitadamente todos.

ANA. ¿Qué es?

TER. Qué sucede?

DIM. ¡Callad  
y responde tú al instante (A Lucas.)  
Es cierto que eres amante  
de mi hija?

LUC. Es la verdad.

DIM. Y no mueres de rubor?

LUC. Si el cielo á amar nos obliga,  
yo quiero que usted me diga  
quién pone freno al amor.

DIM. Basta, no quiero tener  
mas discusiones contigo,  
te declaras mi enemigo  
y te debo aborrecer.

LUC. ¡Señor!..

TER. Dimas, considera  
que ambos hemos fomentado  
su amor, los hemos juntado  
bajo un techo.

DIM. Si, tú artera  
escusas su proceder.

TER. Porque él virtud atesora,  
porque es mi hija la que llora  
y en fin, porque soy muger.

DIM. No hay poderosa razon  
contra mi, á nada me avengo  
ya, porque formada tengo  
mi firme resolucion.

Quiero al olvido arrojar  
mis pasados beneficios:  
pero ya mas sacrificios  
por ti no quiero arrostrar.

En esta quinta pasada  
te cupo la mala suerte;  
pues bien; vé á buscar la muerte;  
de mi ya no esperes nada.

Me has muerto, me has deshonrado  
y de ello te has de acordar.

Huye de mi; vé á buscar  
la vida siendo soldado.

(Vá á sentarse junto á la mesa ocultando el rostro:)

LUC. Eso es lo que hacer queria.

BEN. (¡El hombre es de cal y canto!)

ANA. (¡Madre; me está ahogando el llanto  
que no vaya, madre mia!)

(Teresa se acerca á Dimas y le dice casi al oido los si-

güentes versos. Los demás personajes escuchan conmoviéndose á medida que ella vá hablando.)

TER. De su ignorado rincón  
sale el quinto á quien le toca  
con el cantar en la boca  
y el llanto en el corazón.  
Lleva en el rostro la calma;  
pero al ceñirse el morral,  
de su puerta en el umbral  
nota que parte sin alma.  
Un hombre y una mujer  
salen á verle partir  
*ojos que te vieron ir,*  
*¿cuándo te verán volver?*  
Ocho años pasaron ya,  
desque el hijo se marchó;  
ha ocho días que escribió  
diciendo que volverá.  
Porque su dicha se vea,  
los padres llenos de gozo,  
vân con la carta del mozo  
corriendo toda la aldea.  
Por fin llegan á obtener  
lo que á Dios dan en pedir,  
*ojos que le vieron ir,*  
*por fin te verán volver.*  
A ver vâ desde el collado  
que hay á la aldea vecino  
si vén al fin del camino  
la cinta de un licenciado.  
Mas la cinta no se vé,  
y en vano esperan los viejos,  
que no se oyen á lo léjos  
los cantos del que se fué.  
Vuelven al oscurecer  
Y se les oye decir:  
*ojos que le vieron ir*  
*¿porqué no le vén volver?*  
Tras de tantas ilusiones  
una carta el padre tiene,  
es una bala que viene  
á partir dos corazones.

A otro quinto le pidieron  
de este secreto la llave,  
y él dice, murió...y no sabe  
á dónde sus restos fueron.  
Y con hondo padecer  
repiten hasta morir:  
*ojos que le vieron ir  
ya no le verán volver.*

(Concluye anegada en llanto. Todos los personajes están violentamente conmovidos. Dimas, solloza oculto el rostro.)

BEN. (Después de una breve pausa.)

Ea! basta ya de lucha;  
preciso es no tener alma,  
para estar en fría calma  
quien tales cosas escucha.

Ya de afanes tan prolijos  
estoy fatigado á fé...

Yo vuestro padre seré  
venid á mis brazos, hijos.

(A Lucas y Ana que le abrazan.)

Lucas; no temas te quepa  
un fin tan desventurado,  
antes que vayas soldado  
me quedo sin una cepa.

Así todo se concilia  
basta de dolor profundo:  
yo vivo solo en el mundo,  
admitidme en la familia.

DIM. ¡Oh! basta, el dolor impio  
me está el pecho taladrando  
Benito, me estás matando.

LUC. ¡Tío! perdón. (Quiere arrodillarse Dimas le levanta.)

DIM. Hijo mío. (Le abrazan.)

BEN. ¡Gracias á Dios!

TER. ¡Si es razón!

DIM. ¡Sal de mi traidora pena!  
(Abrazando á Lucas y Ana.)

BEN. Eso es tener alma buena;  
eso es tener religion.  
y cesa ya de luchar  
con político furor.

¿Quién te ha de querer mejor  
que la lumbre de tu hogar?  
Tú mismo serás tu juez  
cuando ya caduco abuelo  
veas en un nietezuelo  
la gloria de tu vejez.  
Y ¿qué importa la opinión  
dirás, del que me ha cuidado  
y este premio ha reservado  
á mi viejo corazón,  
si hoy por él dichas exhalo  
y estoy de ventura lleno?  
¿Porqué siendo el hombre bueno  
se ha de empeñar en ser malo?  
Vive pues en dulce calma  
y olvida tan loco afán,  
porque antes que todo están  
Dios, tu familia y tu alma.

DIM. Si, si, no mas tonterias  
Hija!

ANA. Padre!

DIM. Tú serás  
mi contento y vivirás,  
para hacer largos mis dias.  
Y tú, Benito, ¿contento  
acudirás á esta boda?

BEN. Contento con mi alma toda.

DIM. Haberte faltado sientto.

BEN. Locas ideas desecha.

DIM. Teresa!

TER. Dimas!

DIM. Aquí! (Por los brazos.)  
y tú Benito.

BEN. Esta sí  
que es una buena cosecha!

(Grupo como el director juzgue conveniente.)

FIN.





e/1002164

